Lo actual en la eficacia del acto analítico

Cecilia E. Barahona
cecilia.barahona@outlook.com

París, 2025

Selena tiene 15 años, vive junto a su madre María Selva, su hermano mellizo y otro hermano dos años mayor. El padre falleció cuando eran pequeños, y desde hace unos ocho años su madre está en pareja con Vicente.

Hasta hace poco, Selena decía llevarse bien con él. Sin embargo, recientemente tuvieron una discusión. El motivo fue un cargador de celular que ella tomó sin permiso, asegurando que era suyo, aunque se encontraba entre los efectos personales de Vicente. Él le reprochó haber tomado algo ajeno sin permiso.

La discusión fue subiendo de tono y, en un impulso, Selena salió al balcón y le dijo a su madre que iba a tirarse. La madre, sin ocultar su enojo, le respondió que dejara de molestar, la hizo entrar y le pidió que le escriba a su analista para hablar del tema. Lo hace en el momento, la analista le contesta algo, pero le dice que la espera para hablar de eso en sesión. Días más tarde la madre pidió tener una entrevista para ella.

María Selva llega a la misma ofuscada con su hija ya que suele contestar mal, no colabora con las tareas del hogar y trata mal a todos. Dice que nunca antes había discutido con su pareja, y que este episodio la desconcertó: siente que no reconoce a su hija, que no sabe cómo tratarla, que ya no la aguanta más y que todo le resulta más llevadero con sus hijos varones que son cariñosos y obedientes.

Cuando Selena llega a su sesión, cuenta lo sucedido, pero dando otra versión: asegura que le sacan las cosas. También dice que no le tiene miedo a su madre, supone que hace lo que quiere; pero que en el fondo, ese día al salir al balcón lo que quiso es ser abrazada y sentirse querida. Sin embargo, en lugar de ese abrazo, recibió distancia, una orden para ir a dormir y la indicación de hablar con su analista. Esto la llenó de más enojo. Hasta aquí la viñeta.

Asistimos a una época de profundas transformaciones en los modos de habitar, pensar y construir los lazos sociales, lo que nos lleva a volver a considerar tanto nuestra clínica como la función del analista.

Ahora bien, pensar en la clínica actual implica también introducirnos en la pregunta por el deseo de analista. Para ello me parece pertinente recuperar algunos pasajes del Seminario VIII: *La Transferencia* donde Lacan retoma la trilogía de Claudel como una forma de poner en escena lo que él denomina “la tragedia contemporánea del deseo”. Estas obras, a su entender, permiten anticipar cómo se estructura el deseo humano y cómo las variaciones del complejo de castración se inscriben en la subjetividad moderna. Desde allí, se abre un camino propicio para pensar la transferencia y el lugar que ocupa el analista, a la luz de la declinación de la función paterna.

Por ejemplo, en “La humillación del padre” en la obra citada, señala que –y aquí está la paradoja que interesa a Lacan– gracias a su castración, el padre sigue siendo necesario como portador de la Ley, como aquel que hace cumplir lo establecido. No es necesario entonces ser el padre omnipotente que Freud atribuía al padre edípico victoriano, pero sí quien sostenga la palabra dada.

Retomando nuestra viñeta, el desafío de Selena puede leerse como la demanda dirigida a un Otro. No se trata de un capricho, sino de la puesta en juego de un deseo. Sin embargo, como vemos en esta ocasión, a veces esta puede no ser leída en cuyo lugar aparece algo del castigo.

En ciertos casos, podemos observar cómo la autoridad del padre se evapora en una cultura que promueve la búsqueda constante de un goce sin límites. Una cultura que empuja al sujeto a alcanzar siempre un poco más de satisfacción, en una carrera que no cesa y que, paradójicamente, deja al sujeto inmerso en un constante malestar. En mi práctica clínica con adolescentes esto se vuelve particularmente visible, aparecen síntomas que evidencian un desborde de goce: cortes en el cuerpo, amenazas e ideas de suicidio, inhibiciones (hoy lo llaman INCEL), compulsión al juego, hiperconexión a redes sociales y consumos de sustancias que actúan como suplemento para soportar la angustia en el encuentro con el otro, etc.

En la sesión con Selena, la analista le señala que está bien no temer responder a su madre ni intentar cumplir sus propios deseos, pero advierte que eso implica consecuencias: no todo lo deseado puede realizarse y que hay que soportar la diferencia entre el deseo y su posible cumplimiento. Una de esas consecuencias podría ser la reacción de su madre. Se trata entonces de pensar qué hace ella con eso que su madre dijo, y cuál es su responsabilidad frente a las consecuencias de sus palabras y actos. Si bien buscaba un gesto de amor, puede resultar difícil que ese gesto sea reconocido cuando se pide de ese modo. Ante esta intervención, Selena responde que no lo había pensado así, pero que no quiere seguir hablando y cambia de tema.

A partir de esto, podemos decir que el acto analítico no ha cambiado en su estructura fundamental: el analizante acude al análisis en busca de aliviar su malestar. Hoy, con frecuencia, nos encontramos con analizantes (o con padres, la comunidad educativa, médica, etc.) que irrumpen con una exigencia imperiosa de respuesta. Una demanda tiránica que no tolera demora ni vacío.

Así, el analista no queda solamente en la posición del Sujeto Supuesto al Saber, sino que también puede quedar capturado como alguien que puede suturar la falta: se lo busca para que brinde algo, una respuesta, una solución. En este intento de desplazamiento, se nos abre nuevamente la pregunta por el deseo de analista y su acto, que no puede pensarse sino desde ese deseo, pero también cómo, desde allí, se interviene para posibilitar una hiancia en medio de la lógica de inmediatez que tiende a prevalecer en el discurso contemporáneo.

Lacan nos advierte que “haga lo que haga el analista, el paciente goza”. Cada gesto —sea un silencio, un suspiro, una mirada al reloj— será interpretado y dejará un resto de goce.

Entonces, ¿cómo pensamos hoy la posición del analista, cuando el goce que inevitablemente lo atraviesa en la transferencia ya no se presenta velado, sino que muchas veces irrumpe con una lógica de impunidad, intentando despojar al acto analítico de su dimensión ética?

Para llegar a algo novedoso el analista en su acto hace una apuesta, no anticipa, no ofrece garantías. También él es novador sosteniendo la ética de su deseo de analista. Por lo tanto, de lo que se trata es que el analista vaya cambiando de posiciones según los diferentes tiempos lógicos en el recorrido de una cura propiciando giros de discursos. Esto nos permite no sacralizar su lugar. El lugar de analista es exactamente inverso a proponerse como objeto de identificación. Sigue ocupando el lugar de semblante del objeto *a*, ofreciéndose como ese vacío en el campo del Otro que pone en marcha el deseo del sujeto para sostener un enigma.

Pero, al mismo tiempo, es fundamental evitar alimentar el goce mortífero del síntoma, no confundiendo responsabilidad con castigo, tal como se mostró en la viñeta, al intentar no dejar al analizante en el lugar de quien simplemente recibe un mandato que lo culpabiliza. En esa dirección, el analista sabe aguardar, sostiene la palabra dándole valor a aquello que en la actualidad aparece devaluado.

Entonces se trata, más bien, de sancionar en acto algo que abra la posibilidad de una pregunta, en la que el sujeto pueda responsabilizarse de su goce, dando lugar a otra versión del mismo, no sintomático.

Referencias bibliográficas

Feinsilber, E. (2010). Desde la transferencia: *Una introducción a la praxis psicoanalítica*. Letra Viva.

Freud, S. (1916–1917). *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (27ª conferencia: La transferencia). En *Obras completas* (Tomo XVI, pp. 397–416). Amorrortu Editores.

Freud, S. (1939). Moisés y la religión monoteísta. En *Obras completas* (Tomo XXIII). Amorrortu Editores. Incluye: Análisis terminable e interminable (p. 211) y Construcciones en análisis (p. 260).

Harari, R. (1990). *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis de Lacan: Una introducción* (Caps. V y VI). Paidós.

Harari, R. (1996). *¿Cómo se llama James Joyce? A partir de El sinthome*, de Lacan. Paidós.

Lacan, J. (1958). *La dirección de la cura y los principios de su poder*. En *Escritos I* (p. 575). Siglo XXI Editores.

Lacan, J. (1961). *El seminario 8: La transferencia*. Paidós.

Lacan, J. (1964). *El seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Paidós.

Lacan, J. (1971–1972). *El saber del psicoanalista: Charlas en Sainte-Anne*.

Voronovsky, D. (2016, noviembre). *La perversión hoy: El lazo social, eficacia de la era digital*. Ponencia presentada en Après Coup, Jornadas “Perversion Today”, Nueva York. Disponible en: <https://www.apres-coup.org/>